



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo II

EL TRASHUMANISMO

Yo—y esta es la manera más filosófica de empezar un artículo y un manifiesto,—Miguel de Unamuno y Lugo, natural de Bilbao, casado, de cuarenta y cuatro años y medio de edad, vecino de Salamanca y en su Universidad catedrático, comparezco ante el público en el día de hoy—aquí la fecha en que este artículo salga á luz—y declaro «urbi et orbe» haber creado una nueva escuela, sistema ó como quiera llamársele, con el nombre de «trashumanismo».

—¿Y qué es esto?—preguntará el lector.—Y yo respondo:—¡A eso vamos, paciencia!

Hay en Milán una especie de poeta libre italo-francés ó franco-italiano—es decir, ni italiano, ni francés—llamado F. T. Marinetti, el cual publica una revista internacional, magníficamente editada, bajo el sacro nombre de «Poesía», y en la que se publican poemas en varias lenguas y de varios autores. Hasta una traducción italiana de unos versos míos se ha publicado en ella, y en verdad, os digo, que la traducción esa me gusta más que el original.

Pues bien, este señor Marinetti, á quien el público le silbó «clamorosamente»—según él mismo declara—su drama en tres actos «La donna é mobile», en el teatro Alfieri, de Turín, y que invita á sus silbadores á que acudan al teatro de la Obra, de París, donde se representará su «Roi Bombance», este extraordinario Marinetti en el número de «Poesía» correspondiente á Febrero y Marzo, funda el futurismo y lanza á todos los vientos su programa en francés y en italiano, pues él, su autor, es bilingüe.

De este trascendentalísimo suceso, que ha de clavar hito en la historia del pensamiento humano, han dado cuenta al público español Gómez Carrillo y Angel Guerra.

Hago gracia al lector del programa del futurismo, y eso que es muy divertido. Bastará con que os cite sus últimas palabras, en las que se encierra su sustancia toda: «erguidos sobre la cima del mundo, lanzamos una vez más nuestro desafío á las estrellas» Tal es el futurismo del Sr. Marinetti, un desafío á las estrellas. Las cuales, hasta hoy, no se sabe que hayan respondido.

Las estrellas no han respondido, pero sí bajo el pseudónimo de «Fosfor», D. Gabriel Alomar, en un breve escrito: «Sportula» publicado en el número del día 9 del corriente Marzo en *El Poble Catalá*. Y á falta de oír á las estrellas, lo cual sería inestimable, oigamos á Alomar.

El cual cree no deber dejar pasar sin co-

mentario la noticia que Gómez Carrillo y Angel Guerra dieron á los pobrecitos lectores españoles.

«El nombre de la escuela ya indica su tendencia», dice Alomar sentenciosamente. Si hubiera leído el manifiesto de Marinetti es fácil que no lo dijese tan en redondo.

«Decididamente, no hay como Paris para lanzar sobre el mundo la chispa de los nuevos incendios»—añade Alomar con una ironía genuinamente helénica ó siquiera insular.

«Desde ahora, naturalmente—prosigue—nacerán en las demás naciones (provincias francesas al fin), principalmente en España, cursilísimas imitaciones de la flamante escuela.»

Lo de «provincias francesas al fin» acaso expresa un pío deseo del Sr. Alomar respecto á su «nación». Y digo esto porque vengo observando que casi todos los catalanistas que hablan con desdén de España, lo mismo que los hispano-americanos—cada vez, por fortuna, menos—que lo hacen, es más que por amor á su propia tierra, á la que muchos de ellos desprecian tanto como al resto de España, por un cierto deslumbramiento que Francia les produce; su antiespañolismo no es sino afrancesamiento agudo, á la vez que crónico, es decir, de una crónica agudeza. Y por lo que hace al tan típico adjetivo de cursi, felicitémonos de que haya entrado en la lengua catalana, por lo menos en la de Alomar. (El escrito de éste, su «Sportula», está en catalán.) Es natural; no podía ser de otro modo.

«Y ahora, qué os diré—prosigue—amigos míos? Cataluña sigue siendo ignorada. Cuando el nombre de futurismo, que fué mi única palabra, creación del que esto escribe, ha entrado ya en el léxico corriente, hay todavía corresponsales españoles que la dan como una novedad, sólo porque un poeta parisiense, «cinco años después» que yo, usa la misma palabra.»

Vemos, pues, que el Sr. Alomar ha creado algo: una palabra, y no es poco. Y por lo que hace á que otro poeta, es decir otro creador, la haya vuelto á crear, ignorando de seguro que estaba ya creada, éste es un caso que se ha repetido en la accidentada historia del lenguaje humano.

«No, señor Angel Guerra—prosigue solemnemente el creador mallorquin,—esta vez no habrá ciertamente por parte nuestra imitación. Ese parisianismo que se nos echa en cara á los catalanes, á semejanza de los sud-americanos, ese «criollismo», como dice Unamuno—que no recuerda haber dicho tal cosa—es aquí inverso. Si hay irradiación espiritual los hechos la abonan en favor de Cataluña.»

Estos hechos, estos «fets», son, en este caso, la supuesta exportación de una palabra, y palabra que no ha creado Cataluña, sino Alomar, que ni siquiera es catalán. Porque en este concreto caso no es Cataluña, es Alomar el que sigue siendo ignorado.



«Y si ellos, los castellanos—prosigue—muestran tanto celo para reivindicar las cosas propias, justo es que nosotros, esta vez, alcemos la voz.» Nosotros en este caso es Alomar.

Y concluye egregiamente: «Por mi parte, dejad que apunte en este dietario la nueva efeméride: he aquí el caso extremo de futurismo: adelantarse cinco años á la fundación del futurismo en París, capital del mundo.»

Cotejad ahora este magnífico final de la «Sportula» de Alomar con el magnífico final del manifiesto de Marinetti: «erguidos sobre la cima del mundo, lanzamos, una vez más, nuestro desafío á las estrellas.»

¿En qué se diferencia el futurismo de Marinetti del futurismo de Alomar, el del poeta italo-francés de el del poeta catalo-baleárico? No lo sé. Sólo sé que se identifican en el nombre, y si, como sospecho, uno y otro se reducen al nombre, verdadero hallazgo—«troballa»—según Alomar, se identifican en todo lo demás.

Y ahora volvamos al trashumanismo y á ver qué es eso.

Así como todos hemos oído hablar del futuro, aunque apenas haya quien sepa qué es, ó mejor dicho, qué ha de ser el futuro, casi todos los que leemos algo tenemos la cabeza aturdida de eso del «superhombre», superhombre ó sobrehombre de Nietzsche, que es también una especie de futuro, y no más claro que él.

De esos tres modos, superhombre, superhombre y sobrehombre, romanizándolo cada vez más, se ha traducido la voz alemana «Mebemensch» de que se sirvió Nietzsche, y yo, en mi afán de crear también algo, aunque sólo sea una palabra, he creado, para traducir el término nietzschiano, la palabra trashombre.

¿Cómo? Por analogía con una voz de ilustre prosapia castellana, con el término «trast trigo».

Todos conocemos la célebre frase cervantina de «buscar pan de trast trigo», dando á entender que se busca pan hecho con una sustancia superior al trigo, más exquisita, más sabrosa ó más nutritiva que no la de él. y me he dicho: si Cervantes para expresar algo que supere al trigo, que le parecía ser un término supremo y último del valor nutritivo, si para expresar una especie que sea como perfeccionamiento del trigo, empleó la voz trast trigo, nosotros, para expresar una especie superior al hombre y que de él brote, bien podemos emplear la voz «trashombre».

Y una vez que tuve la inmensa dicha de dar con esta preciosa palabra—palabra que acaso me la roben en París de aquí á cinco años,—de ella saqué la dé trashumanismo.

Y si me preguntáis qué contenido conceptual tiene, qué significa esto del trashumanismo, os diré que tiene poco más ó menos el mismo que el de futurismo, es decir, que no sé el contenido que tenga. Porque es de-

claro sincera y francamente que tanto sé yo lo que ha de ser el trashombre como Alomar y Marinetti saben á dónde camina el mundo, es decir, lo que ha de ser el futuro de él.

El culto al pasado es siempre un culto más objetivo que no el culto al porvenir, que ha de ser más subjetivo por fuerza. El pasado tiene una cierta forma definida y valedera para todos, y aun así se le discute mucho, y no en todo concordamos todos respecto á él. ¡Pero en cuanto al futuro!... Ese futuro con facilidad se convierte en el «siglo futuro», es decir, en un siglo eternamente futuro. Y no pocas veces en un exfuturo.

Y fijase mis lectores en esta otra preciosa palabra: exfuturo. Y como no me gusta adornarme con plumas ajenas, os diré que ese preciosísimo y tan sugestivo término se lo oí por primera vez, hace de esto más de veinte años, á un amigo y paisano que estando cierta mañana de Junio en el Arsenal de Bilbao, oliendo á tilo, me dijo al pasar junto á nosotros una fresca y garrida moza: «ahí va mi exfuturo». Y yo le miré sorprendido de su extraña filosofía verbal. ¡Una que dejó de ser lo que habría sido! ¡Ahí es nada!

¿Y no podríamos crear un «exfuturismo»? Y acaso el futurismo de Alomar ó el de Marinetti—arcades ambo—no será en el fondo un verdadero exfuturismo?

Pero volvamos á mi trashumanismo.

El cual no hay que confundir ¡ojó! con el «trashumantismo», que es otra cosa. Ya sabemos que por una yota, por si el Hijo era «homousios» ó «homoiousios» al Padre, corrieron rios de sangre, y lo que acaso es peor, de tinta. Aunque lo cierto es que esa yota era el ápice de la pingorota de una pirámide de ideas, sentimientos y pasiones. Y así no veníamos á confundir las cosas, y á derramar sangre y hasta tinta por una t. No; trashumanismo es una cosa y trashumantismo es otra.

Trashumanismo deriva de trashumano y trashumano de trashombre, vocablo formado, como os he dicho, sobre el de trast trigo, y trashumantismo deriva de trashumante, ó sea andariego.

Pero ahora, ¿no será acaso el trashumanismo una especie de trashumantismo? ¿No será que el trashombre haya de ser un trashumante; esto es, que el porvenir de la especie humana sea volver á la vida nómada, andariego ó trashumante? Aquí de los futuristas y de los exfuturistas.

¡Pero qué sugestivas son, Dios mío, las palabras y cómo se pueden hacer preciosas series de trascendentalísimas reflexiones sociológicas, políticas, éticas y hasta filosóficas y teológicas, nada más que dejándose llevar del hilo de la asociación de las palabras!





3-47

¡La palabra! Aquí me dan ganas de entonar una vez más un himno á la palabra, al verbo, por quien se hizo toda cosa, al verbo creador, á que rendimos acatamiento y culto Alomar, Marinetti y yo. De ese culto ha nacido el futurismo de ellos ó sus dos futurismos; de ese culto ha nacido mi trashumanismo.

¡Qué fecundidad, cielos santos, la de este sufijo-ismo! No hay más que sufiárselo á cualquier palabra y ya tenemos un nuevo sistema.

A conjeturar por cierto juicio que sobre Zorrilla ha emitido Alomar, parece que le parece que el verbalismo es la característica de la literatura castellana. ¿De la castellana sólo? Y yo, pobrecito, que estaba tan creído que eso del culto á la palabra por la palabra misma nos había venido acá, á tierras de Castilla, con la brisa de Levante!...

Pero no hablemos de Zorrilla ni de poetas castellanos. Dejémoslos con su preteritismo ó expreteritismo y abramos el pecho al futurismo, desafiando á las estrellas.

Sobre todo esto de desafiar á las estrellas, en lo que acaso esté conforme Alomar con Marinetti, aunque Marinetti es éste conforme Alomar en lo de que haya una irradiación espiritual, de palabras, de Cataluña, es decir: de Alomar, á París, esto es: á Marinetti en este caso, que ni es de París, ni en París, sino en Milán, actúa y representa.

«Bueno—me dirá el lector,—¿y en qué quedamos con eso del trashumanismo? ¿A qué se reduce?» Pues bien, lector amigo, yo ya creé la palabra, ¿te parece poco?; lo demás corre de tu cuenta. Te la regalo y puedes hacer de ella lo que gustes, porque á mí, después de escrito esto, no me sirve ya para más.

Miguel de Unamuno.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S